

## La lógica del fantasma

Serge Leclaire

Ayer quedamos en dos tipos de problemas. Uno se relacionaba con la fantasía. Alguien quería que yo hablase de nuestra concepción teórica de la fantasía. La otra pregunta que se me planteó era concerniente a la relación que puede haber entre el lenguaje y la fuerza pulsional. Ningún tema de psicoanálisis puede ser recortado y aislado. De todas formas pensaba yo que las conferencias que tengo que hacer estarían consagradas al problema de la pulsión, del objeto de la pulsión, de la fuerza de la pulsión y de su relación con lo que nosotros manejamos en el análisis, es decir, las palabras.

He tenido entonces la tentación de empezar hoy por la fantasía. Espero igualmente que en ellas haya tanta discusión e intercambio como los que pueda haber aquí.

Intentaré darles algunos elementos de una teoría lacaniana de la fantasía. Tendré la ocasión de retomar por fragmentos las diferentes preguntas que se me han planteado, pero partiré de vuestra interrogación sobre qué es la fantasía inconciente y la dificultad que ustedes tienen para dar una respuesta a eso. Creo que hay una diferencia en nuestras inspiraciones teóricas, como ya se los he evocado, incluso de terminología. Ustedes emplean el término *fantasía inconciente*, que es un término kleiniano. Nosotros empleamos el término *fantasma*. Pero el fantasma, en el sentido freudiano del término, no es algo puramente inconciente. La formación fantasmática es una formación híbrida. Para re-

---

N. del T.: Lo traducimos como “fantasma” para marcar la diferencia.

tomar la formulación de Freud,<sup>°</sup> es un negro blanco, que comprende elementos que forman parte de dos sistemas. Por un lado elementos que forman parte del sistema inconciente. Por otra parte, elementos que forman parte del sistema preconscious-conciente. Lo que caracteriza al fantasma, objeto privilegiado de nuestro interés como psicoanalistas, es que se trata de la única organización o de la única formación que participa a la vez de los dos sistemas.

¿Qué quiere decir que participa de los dos sistemas? Puedo ir rápido porque ya les hablé de esto ayer. Es una formación que reúne elementos que se articulan entre sí según una lógica inconciente. Y a la vez, elementos o los mismos elementos, que se articulan siguiendo la lógica de lo conciente. La atención llevada al carácter inconciente del fantasma deja de lado el carácter realmente contradictorio de su estructura, deja de lado los elementos concientes-preconcientes.

Esta es una primera descripción de lo que yo podría llamar una situación de la formación fantasmática.

Creo que esta es la ocasión para que entre en lo esencial de lo que llamo la teoría de Lacan. La tentativa de Lacan es la de producir una lógica de nuestra experiencia psicoanalítica. Puedo partir perfectamente de lo que él llamó la lógica del fantasma.

Cuatro términos son necesarios y suficientes para producir esta lógica de la irreductibilidad. Esta lógica que da cuenta del funcionamiento simultáneo de dos sistemas antinómicos: sistema inconciente, por un lado, sistema consciente-preconscious, por el otro.

El primero de estos elementos es el del sujeto. Hasta el momento no hemos tenido ocasión de hablar del sujeto. Los términos empleados en psicoanálisis son el *moi* o el *je*. Lo que el trabajo psicoanalítico aporta de diferente, en relación con la concepción tradicional del sujeto, es el hecho de que el sujeto no es simple. Tradicionalmente, la función del sujeto, incluso si se definen en forma correlativa diferentes tipos de objeto, objeto de la conciencia, objeto del conocimiento, objeto en el sentido ordinario del término, se los sitúa

---

<sup>°</sup> En *Metapsicología*, 1915, capítulo "Lo inconciente".

en relación al sujeto como lo que es localizable objetivamente, en el exterior. El psicoanálisis nos lleva a esa evidencia de que el sujeto siempre está dividido. En forma ejemplar. Freud lo localizó en el caso del fetichismo. Y fue en ese momento cuando introdujo explícitamente, el concepto del clivaje del *moi*. De todas formas, en las diferentes etapas de la elaboración teórica de este concepto psicoanalítico del sujeto, es claro que el sujeto del que habla el psicoanálisis no se asemeja en nada al sujeto de que hablan los psicólogos ni tampoco los filósofos. Este sujeto es siempre el lugar de una contradicción, de la coexistencia de una doble tendencia, del reconocimiento y de la negación de la castración a la vez, ya que en ningún momento funciona verdaderamente como unidad, salvo en los casos en que se considera sólo la mitad del mismo, por ejemplo, sujeto del sistema conciente, sujeto de la conciencia. Es muy incómodo tener que enfrentarse con una referencia tan poco unitaria; sin embargo es esencial. La función del sujeto es, precisamente, esta función paradójica en la que algo que se ve reunido en un solo punto, sufre, en todo momento, un proceso de división. Para intentar proponerles lo que puede ser el sujeto, en el sentido psicoanalítico del término, con su apariencia de unidad y su realidad de división, les pondré la imagen de una superficie transparente, sobre la que marcaría en un punto dado una mancha. Si ustedes la miran sólo de un lado, este punto les parecerá siempre único, lo que no impedirá que tenga también otro lado. Como no lo pueden mirar más que de un solo lado por vez, ustedes pensarán siempre que es uno, pero si ustedes intentan producir el concepto de ese punto tal como yo lo figuro en esta imagen, están obligados a considerarlo como cortado en dos por la superficie que lo soporta.

La función del sujeto se asemeja a esta función de la superficie transparente, sobre la cual todo lo que se proyecta es inmediatamente dividido. Eso puede dar la ilusión de una reunión en un solo punto, pero en realidad lo que es importante es que eso divide en dos, lo que hay de un lado, lo que hay del otro. La función del sujeto puede ser muy bien representada metafóricamente mediante esta imagen. Es por eso que en la formalización de Lacan, el sujeto se escribe con una S mayúscula con una barra  $\$$ . Este es sólo el primer término, necesario y suficiente para la producción de una lógica del fantasma.

El segundo término es el del objeto, como en el pensamiento más tradicional. ¿Qué es lo que pasa entonces con el objeto, en el sentido psicoanalítico del término? Al igual que lo estaba en relación con el sujeto, estoy obligado a

darles imágenes. Contrariamente a lo que se suele imaginar, por comodidad, el objeto de la pulsión no tiene el mismo status que un objeto en el sentido físico del término. Y si se evocaban recién objetos que flotaban en el espacio, en función de los cuales la pulsión se supondría que los atraparla para poder lograr la satisfacción, con la menor práctica analítica ya se manifiesta que el status del objeto no es éste. Sin embargo sería muy simple si el objeto estuviese de esa forma a disposición de la pulsión. La distinción que ustedes conocen, según creo, entre necesidad y deseo, marca bien la diferencia existente con el objeto en el sentido ordinario del término, el objeto de una necesidad específica, que responde estrictamente a la índole de la necesidad y provoca su desaparición. No sucede lo mismo en relación con el objeto de la pulsión. La pulsión no es la necesidad. El concepto de pulsión es un concepto original del psicoanálisis, incluso si siempre se tiene tendencia a pensar la pulsión como necesidad o como instinto. La pulsión no puede reducirse a esta necesidad orgánica. Si así fuese nunca habría ningún *problema, pero quizás* encontraríamos en este punto una divergencia en esta forma de pensar. Tal vez piensan ustedes que la objetividad o la objetividad de las relaciones entre la madre y el niño, la presencia real del seno, la calidad real de la leche, es lo constitutivo de la relación entre la madre y el niño. Si así fuese, ¿en qué *nos diferenciaríamos* de los pediatras o de los dietistas? Sabemos de todas formas, al margen de lo que sean nuestras soluciones teóricas, que es, por lo menos, el grado de amor o de odio, la cantidad de deseo o de rechazo, lo que es vehiculizado cuando se realiza ese intercambio de alimento que es determinante de la relación oral.

Pero ¿cómo objetivar la cantidad de amor o de odio? ¿Cuál es el status de ese objeto, que es verdaderamente el que está en juego en una relación pulsional? Llegamos a la paradoja de que el objeto, que parecía la cosa más fácil *de concebir, es en realidad, abstracto*. El *amor*, ¿cómo se puede agarrar? ¿Se lo puede agarrar como se hace con un objeto? La oposición *amor-odio, menos* aun. Cuanto más pueden verse los efectos. Si ahora tomamos conceptos más precisos, el objeto de la pulsión misma, evidentemente no es la objetividad del seno para la pulsión oral, sino algo que precisamente, no puede ser ni visto ni tocado ni oído ni agarrado de ninguna forma. Siempre se pueden hacer discursos alrededor de esto. Se puede decir siempre que no es esto, que parece encontrarse entre esto y esto, pero al objeto mismo nunca se lo agarrará.

Es porque efectivamente nunca se lo puede agarrar que nunca se le puede asignar un lugar. Es el soporte de una fuerza absolutamente irresistible; cuando se puede asignar un lugar a algo uno puede desembarazarse de eso. Cuando no se le puede asignar un lugar a algo, cuando uno nunca sabe dónde está, uno está siempre asaltado, siempre se tiene el riesgo de que esté presente, que sin aviso, entre repentinamente en juego. Es justamente lo que sucede, en una forma completamente general, en nuestra vida de deseo. Si tuviésemos de una vez por todas un objeto de amor, bien reconocido y al que asignáramos un lugar definitivo, no estaríamos entonces expuestos a lo que la tradición moral llama las tentaciones. El diablo puede aparecer en cualquier lugar, en todo momento. Este es un poco, el status del objeto.

Es el segundo término de la lógica que Lacan intenta producir para dar cuenta de nuestra práctica psicoanalítica.

El fantasma, como ya se los dije, es una construcción. Pero una construcción de representaciones. Una construcción de imágenes, sin duda, pero también de palabras, de cosas vistas, como dice Freud. Pero sobre todo, y Freud insiste en ello, de cosas oídas; yo agregaría también de cosas tocadas, de cosas olidas, de cosas gustadas por la lengua -y por la boca. La construcción fantasmática se asemeja a una especie de colaje como en los cuadros más o menos surrealistas, en que no necesariamente entran formas conocidas ni tampoco solamente la pintura, se pueden encontrar también piedras, pedazos de vidrio, armazones de anteojos, cosas realmente heterogéneas que son puestas en un mareo, presentadas como construcciones, como una obra de arte. Muchas personas que forman parte del público bienpensante dicen ante un cuadro de ese tipo: “¡Pero eso no quiere decir nada! ¡No representa nada, no tiene ningún sentido y ni siquiera es lindo!”

El fantasma es un poco eso. Utiliza elementos de todo tipo, pero sus elementos no son objetos. Es este, yo creo, un punto esencial de la diferencia de nuestras conceptualizaciones. Sus elementos son significantes. El significante no necesariamente es verbal. Se caracteriza simplemente por su calidad de rasgo singular, algo que puede ser aislado y que puede ser “reparado” en relación con otro rasgo singular. Eso no quiere decir que mantenga una

relación lógica. El rasgo singular remite siempre a muchas posibilidades. Si en el mismo cuadro ustedes encuentran arena y un armazón de anteojos y tina mancha de color oro, siempre es posible establecer relaciones; dado que se sabe que con los anteojos siempre se puede establecer una relación entre el armazón y los ojos, se puede interpretar como psicoanalista sabihondo.

Pero en realidad, lo que está en juego en ese montaje son sólo las relaciones que no están necesariamente determinadas por una significación, por un sentido, sino que cada rasgo está abierto a la puesta de manifiesto de muchas relaciones. En los cuadros que sólo ponen en fuego el color, se manifiesta además que no es la representación de otra cosa, de un rostro, de una persona, lo que es más importante y que determina el carácter o valor del cuadro. Es la estructuración de las zonas de color, estén o no apoyadas en una forma expresiva, lo que es determinante. Quiero decir que un cuadro no figurativo puede tener una calidad tan grande como un cuadro figurativo. La belleza de un cuadro no reside en su calidad de figuración. Puede haber muy grandes cuadros que sean figurativos, pero no es una condición necesaria.

El significante y el problema de las relaciones del significante, son del mismo orden. No están fundamentalmente determinadas por su calidad o por su función de representación. El significante funciona de la misma forma que los colores en un cuadro no figurativo.

En la lógica que intento de esta forma resumirles, hemos planteado así un primer término, el sujeto  $S$  con barra ( $\$$ ) en el álgebra de Lacan. Un segundo término, que es el objeto,  $a$ , en esa terminología. Y luego, otros dos términos que son: el significante, pero el significante nunca puede ser planteado solo, se define por su relación con otro significante. Para ser riguroso se debe entonces plantear por lo menos dos,  $s_1$  y  $s_2$ .

Se tiene entonces así:  $\$,$  objeto  $a$ ,  $s_1$  y  $s_2$ , los elementos necesarios y suficientes para producir una lógica en la que la castración o la falta tengan su lugar.

¿Cómo situar la formación fantasmática a partir de esta lógica?

Alrededor de la relación entre el sujeto y el objeto,  $\$$  frente a  $a$ . Se despliega una construcción, un aparato de significantes, pero ningún término

puede ser planteado sin los otros. No es posible concebir un sujeto en su división, si al mismo tiempo no se plantea la virtualidad de la cadena de significantes, es decir, toda una serie de identificaciones y escanciamientos posibles. No es posible plantear el sujeto en su división, si no se plantea al mismo tiempo o si no se supone al mismo tiempo, este diablo de objeto, que no es un significante —yo creo que ustedes lo han comprendido—, es precisamente aquello sobre lo que el significante nunca puede poner la mano. Precisamente este *objeto de la pulsión, que siempre se escapa*.

Podría continuar la consideración de cada uno de los términos y repetirles que ninguno de los términos de esta lógica puede ser planteado sin los otros. Es esto necesario y suficiente para hablar de lo que está en juego en nuestra práctica, es decir del problema de nuestra relación con la falta que nos constituye o con la castración, que es lo que determina que tengamos acceso al deseo.

Si ustedes suprimen uno solo de los términos de esta lógica, si ustedes convierten al sujeto en un sujeto pleno. es decir, no clivado; si ustedes suprimen al objeto convirtiéndolo en una cosa que se puede agarrar y atrapar; si ustedes suprimen el carácter multívoco del significante; para decirlo de otra forma, si ustedes borran o no tienen en cuenta la especificidad aunque sea de uno solo de estos términos, ya no tienen más la posibilidad de hablar del deseo, ya no tienen la posibilidad de hacer análisis, es decir, de tener en cuenta la realidad de la pulsión, ya que ustedes la niegan al mismo tiempo que pretenden considerarla. Es éste todo el problema de nuestra práctica; tener en cuenta al mismo tiempo la necesidad de todos estos elementos de la estructura es una empresa que no corresponde a nuestras tendencias naturales.

Nuestra tendencia natural es siempre la de simplificar, suprimir un factor para que el resto sea más manipulable. La ciencia no hace algo diferente cuando deja fuera de su examen el problema del sujeto. Pero lo que especifica el punto de vista psicoanalítico es que pone en primer plano su preocupación de tener en cuenta al objeto, en el sentido psicoanalítico del *término*, ya que de esto ninguna otra disciplina se ocupa. Si ustedes suprimen al objeto, ¿qué les queda por hacer en psicoanálisis, entonces? Nada. Filosofía o medicina biológica.

Pienso entonces, que el esencial de estos cuatro elementos de la estructura y al que debemos prestar la mayor atención, es el objeto. Porque es

aquel del que siempre tenemos tendencia a fingir conocer perfectamente, es decir, a desconocer en forma radical.

No sé si realmente respondía a la pregunta sobre cuál es nuestra teoría sobre el fantasma, pero pienso que es mejor que lo retomemos a partir de preguntas que puedan surgir hoy, o en otro momento incluso.

**N. N.** — Yo quisiera saber si podría precisar o radicalmente no, para quién representan al sujeto los significantes.

**S. L.** — Es una pregunta muy lacaniana, yo no sé si es perceptible para todo el mundo. Uno de los aforismos de Lacan es: “El significante es lo que representa el sujeto para otro significante”. Forma de decir que al sujeto no se lo puede concebir; para ser más exacto, conceptualizar fuera de la referencia al significante.

Pero la pregunta que usted plantea es qué es lo que quiere decir precisamente, representa. ¿Qué es esta representación mediante un significante de la función subjetiva?

Eso quiere decir que el significante arrastra consigo su castración o la castración. Que una cosa nunca se puede decir más que por la mitad. Yo lo refería con esta metáfora de la superficie, sobre la que funcionaría el punto doble del sujeto. El significante dice siempre sólo la mitad. En ese sentido se puede decir que él representa la función del sujeto, que es la de división.

Ustedes ven que ya aparece aquí la puesta en juego de dos tipos de diferencias, de dos tipos de distinción que funcionan al mismo tiempo. Si decimos que si representa  $\$$  para  $s_2$ , en ese circuito entran en juego, por lo menos, dos distinciones. Por un lado la distinción entre  $s_1$  y  $s_2$ , es la definición misma del significante como rasgo singular, 1 es diferente de 2, pero al mismo tiempo, en esta distinción funciona o es puesta en juego, es representada otra diferencia, que es la del clivaje.

El concepto habitual de diferencia se funda sobre la distinción identificatoria entre un rasgo singular y otro rasgo singular. Pero esta distinción es típica de una forma de proceder a la que habitualmente se llama ciencia positiva. La pregunta permanece siempre planteada en la forma más tradicional, de quién hace la distinción o en quién se apoya la distinción o quién la escribe, quién la



formula, quién la establece, suponiendo que haya un inventor o alguien que descubra, que hay dos componentes en un cuerpo simple. Por lo general no se contempla considerar la pregunta de quién plantea la diferencia, como una pregunta de psicólogos o habitualmente de filósofos. Y se dice: es un tercer punto. Dos puntos sólo pueden ser planteados en relación con un tercero, digamos que se trata del sujeto. Es una forma falsa de razonar. Es cierto que dos puntos no se plantean más que en relación con un tercero y así sucesivamente, es decir que los significantes se plantean siempre en relación con los otros significantes, pero sobre todo, en relación con la carencia del significante.

Dejaremos esto de lado y volveremos en otro momento sobre lo que es teorizado por Lacan como falta del Otro. Pero lo que nos interesa ahora en seguida, en la posibilidad de distinguir dos rasgos singulares, es que lo que permite la verdad de esta distinción entre  $s_1$  y  $s_2$ , no es la puesta en juego del sujeto concebido como tercer término, de un sujeto del conocimiento, sino que es la puesta en juego de un referente dividido, es decir, de un sujeto de deseo. Incluso la distinción más objetiva, más científica, entre el oxígeno y el hidrógeno, supone un objeto deseante. Ésa es la diferencia y es esto lo que, en cuanto analistas, no podemos ignorar. Esta dimensión del deseo es figurada en ese caso, por el clivaje del sujeto. No es la misma diferencia.

**N. N.** — El sujeto olivado establece la diferencia. ¿Es un disparate preguntar para quién establece la diferencia?

**S. L.** — Utilizaré la forma pasiva, gramaticalmente. La diferencia es establecida por la división del sujeto; que luego se produzca o tenga lugar una intencionalidad debido al juego pulsional, al juego del deseo, es una elaboración secundaria, constante, universal, salvo en algunos psicóticos, pero es sólo puesta de manifiesto ahora con este despliegue de los elementos de la estructura.

Es algo con lo que nunca tenemos que vérnosla directamente. Una especie de dispositivo primario mediante el cual, con el cual, se construye lo que tenemos que conocer, es decir, toda la elaboración secundaria. Es siempre

sobre una elaboración secundaria que tenemos que trabajar.

N. N. — ¿Sería un exceso decir que estamos capturados en esa estructura?

S. L. — No, es, incluso, la forma justa de decirlo. Que lo queramos o no estamos capturados de la misma forma en que estamos capturados en un medio gaseoso o acuoso. El problema es el de la forma particular en la que nos acomodamos a esa captura.

N. N. — No veo claro la distinción ahora, entre el estatuto del sujeto y el estatuto del *je*.

S. L. — El sujeto, tal como yo intenté presentárselos, me parece, específica el concepto psicoanalítico del sujeto, al que se puede llamar sujeto del deseo o de una forma más aproximativa, sujeto del inconciente.

El *je*, como sujeto del discurso, estructuralmente, no es diferente al sujeto del deseo, pero el acento es puesto en la cadena significativa y no tanto en el problema de la relación con el objeto. El sujeto del discurso puede llevarnos a una perspectiva lingüística, en la que el objeto no *tiene ningún* lugar, donde, como se dice, todo es puro juego de significantes.

Sé que es un reproche que se le ha dirigido a menudo a los trabajos de Lacan. Considero que no se justifica. Porque nunca dejó de lado el problema del objeto.

N. N. — Tal vez, entonces, una diferencia capital con la escuela kleiniana es que la escuela kleiniana postula como hecho primario la intencionalidad y usted plantea como hecho primario la diferencia establecida por la división del sujeto.

S. L. — Seguramente, pero aquí corresponde esta postulación de la intencionalidad. Yo lo siento, asociando libremente, como un deseo de afirmar que el deseo existe en la estructura, pero me parece superfluo. Esta estructura es la del deseo. El problema de la determinación de un sentido, de una tensión

orientada hacia, es siempre el resultado de una determinación secundaria, de una elección o de una disposición más o menos accidental. Plantear como fundamental una intencionalidad es un resto de religiosidad, una forma de poner en algún lugar en el cuerpo una intención divina, como lo hace el vitalismo: hay una energía vital que va hacia algo. Es superfluo. Se trata de una proyección secundaria sobre la estructura, que implica ella misma, todas las posibilidades de intencionalidad de una determinación del sentido.

N. N. — Si yo comprendí bien, usted enrostraría a la concepción kleiniana la intención teleológica.

S. L. — Si se la plantea como primaria sí.

N. N. — Aunque usted señala que está implícito el apuntar la intencionalidad en el sujeto que desea.

S. L. — Sí, pero no le acuerdo ningún status primordial. No le acuerdo ningún privilegio a la vida en relación con la muerte. Pienso que la posición psicoanalítica necesita esta neutralidad. Seguramente tenemos que vérnosla con sujetos que viven y desean, pero teóricamente no tenemos por qué pregonar que la vida es buena ni tampoco que la muerte o el más allá es bueno. No tenemos por qué construir una moral.

N. N. — Creo que esto confunde un poco, porque el parentesco tal vez mayor de la concepción kleiniana, es con un pensamiento como el de Brentano, en el sentido limitado del objeto constituyendo al sujeto o de la relación de objeto constituyendo al sujeto.

S. L. — Sí, pero no es exclusivamente constituyendo al sujeto, el dispositivo significativo es, por lo menos, tan constitutivo del sujeto; el privilegio acordado al objeto como único constitutivo del sujeto intenta relegar la prioridad lógica del significante, no digo una prevalencia temporal, pese a que yo creo que se la puede concebir. “Antes de que tú hubieses nacido”, le decía Freud a Juanito, “yo sabía que el Edipo existía”, que la estructura existía, es decir, que el orden simbólico existía.

N. N. — Me parece que otra diferencia con la concepción kleiniana es que en ésta la estructura aparece como cambiante, la estructura misma cambia. En vez parecería, no sé si es así, pero por lo que oí, que para Lacan la estructura estaría ya fija.

S. L. — Sí y no. Primeramente, en la concepción kleiniana el dispositivo fantasmático fundamental no cambia. Encontraríamos también en esto lo que Freud formulaba en relación con las profantasías. Él daba tres o cuatro. Por otra parte, es cierto que yo puse el acento sobre la estructura como constante, pero con las que tenemos que vémosla siempre es con elaboraciones singulares de esta estructura. Prácticamente siempre tenemos que vémosla con fantasías que no son profantasías, incluso si sólo se las puede concebir en relación con las profantasías. Es incluso esto lo que nos permite hacer el trabajo interpretativo, pero no exclusivamente esto.

N. N. — Quiere decir entonces, si entendí correctamente, que las postuladas profantasías en el pensamiento de Freud vendrían a llenar la misma necesidad, en la escuela estructuralista, que la estructura, que nos viene ya dada y que estamos capturados en ella a través del lenguaje. Es un *intento* de resolver lo mismo en otros términos, preestructuralistas.

S. L. — Exactamente, con esta ventaja para Freud: de haberlo planteado en términos de fantasía, es decir, de no haber corrido el riesgo en ningún momento de ser reducido a un estructuralismo científico, porque esta referencia al estructuralismo es extremadamente peligrosa. El movimiento estructuralista pone seguramente el acento sobre el carácter sistemático y relacional de los modelos, pero no toma en cuenta la carencia intrínseca del sistema. Si Lacan niega, en la actualidad, ser estructuralista, ello se debe a que se niega a ser capturado en una forma de pensar, el estructuralismo, en la que al igual que en las otras formas de pensamiento, no se toma en cuenta la carencia intrínseca del sistema. Se puede hablar de estructuralismo en el sentido de Lacan, con la condición de plantear que el sistema está determinado fundamentalmente como tentativa de organización de su propia carencia. En ese sentido el aporte de Deleuze en su último libro, que se llama *El anti-Edipo* podría ser verdaderamente interesante con su modelo de máquina deseante. Este modelo

de máquina deseante ya lo había propuesto yo en 1966, exactamente en los mismos términos, a saber: que lo que caracteriza a la máquina deseante es que es una máquina conflictual, es decir, una máquina que funciona para deteriorarse ella misma. Es sólo una imagen, pero eso permite entrever perfectamente en qué el término estructura es peligroso para ser utilizado, porque nos lleva, en general, a un sistema no conflictivo.

*Traducido por Víctor Fishman*